

## Mediar la palabra

### *La poética de la infancia*

YOLANDA REYES

Luna Libros, Bogotá, 2016, 136 pp.

EN UNA sociedad alfabetizada, donde los textos literarios (cuentos, novelas, poemas, cómics, tradición oral) desempeñan una función simbólica determinante para conocer el mundo, comunicar la representación que nos hacemos de él y configurar un universo interior, siempre terminaremos por hacer las preguntas: ¿cómo pueden llegar los libros a los niños?, ¿quiénes son los responsables de que los niños se conviertan en lectores?, ¿qué libros les convienen?

Son preguntas complejas que hoy no admiten el arrojo de la improvisación. Diversas áreas del conocimiento (psicolingüística, neurología, sociología de la lectura) las han enfrentado exponiendo tesis de uno y otro tenor, producto de investigaciones cada vez más sofisticadas. Todo ello está muy bien, mas el radio de recepción de estos trabajos suele estar limitado a los especialistas. Se requiere, entonces, un género que permita el acercamiento a un público mayor (padres, maestros de colegio, estudiantes universitarios) que entienda y pueda poner en práctica lo que fue escrito para una élite. Este género es el *divulgativo*, que suele ser mirado con reservas, pero cumple una función social importantísima: acercar más personas al ágora a discutir asuntos que nos competen a todos.

De esta naturaleza es *La poética de la infancia*, escrito por esa gran divulgadora que es Yolanda Reyes (Bucaramanga, 1959), escritora de libros de literatura para niños y jóvenes (*El terror de Sexto "B"* es un ya un clásico), editora de la colección Nidos para la Lectura y esencialmente mediadora de lectura. Esta última labor la cumple desde hace treinta años en Espantapájaros, un modelo integrado de librería, jardín de preescolar y espacio de lectura, que será clave estudiar cuando se haga una historia de la cultura escrita en Colombia.

Este libro recoge siete textos, la mayoría conferencias que ha ofrecido en auditorios de diversos lugares de Colombia, Argentina, México y Brasil.

Los textos mantienen el tono oral, de confianza y de clara invitación al diálogo, pues a Reyes le gusta ser escuchada, conversar, polemizar. Si bien las tesis se presentan mediante una batería de argumentos claros, predominan las narraciones para explicar ideas, lo que facilita el acercamiento de Reyes a los oyentes/lectores menos conocedores del tema. Las narraciones tienen el cálido prodigio de convertirnos en protagonistas de historias de otros. Estas historias de Reyes se mueven en un registro mixto de humor y catarsis del dolor, que invita a entrar en los textos de modo empático, con afecto. Verbigracia, la descripción irónica de cómo su hijo, en un entorno familiar afín al mundo del libro, las lecturas y las conversaciones literarias, huye de estas oportunidades para refugiarse en el silencio y en los videojuegos, lo que lleva a decir a la autora que “criar cuervos es más frecuente de lo que parece”. La resurrección del muchacho como lector se dará al descubrir esa maravilla del periodismo de humor que es *Dejémonos de vainas*, de Daniel Samper Pizano (p. 55). En otra historia logra trasladarnos a un pueblo de Colombia que vivió una masacre paramilitar y hacernos sentir un nudo en la garganta cuando leen a los campesinos sobrevivientes, con una niña de nueve años de la región, un libro-álbum estremeador: *El árbol rojo*, de Shaun Tan.

Las preocupaciones de Yolanda Reyes en *Poética de la infancia* giran alrededor de tres ejes: la importancia de los padres y los maestros como mediadores de lectura, el papel de la literatura en el imaginario del niño y el poder de la palabra para conjurar un mundo violento.

Técnicamente, el mediador de lectura es un adulto (lector experto) que ayuda a un niño o joven (lector menos experto) a integrarse en una comunidad letrada, donde se dan varias prácticas de lectura: leer para divertirse, para autodescubrirse, para aprender, para afirmarse como persona con opiniones propias. El mediador se caracteriza por ser quien planea varias estrategias para acercar al lector novato a los textos. Estas estrategias son de “lectura heterónoma” y “lectura autónoma”. La planeación y la intervención didáctica las realiza mediante “andamiajes”, es decir, actividades

planeadas que convierten lo complejo en posible de ser comprendido (Jerome Bruner, *Realidad mental y mundos posibles*, 1987). Yolanda Reyes valora sobre todo las lecturas heterónomas, esto es, aquellas en que el mediador lee un texto al niño, dramatizándolo, para ayudarlo a establecer una interpretación particular. Si tiene Reyes algún don es el de leer en voz alta, experticia compleja y base de todo gran mediador: bibliotecario, padre, maestro, promotor de lectura.

Reyes considera trascendental la experiencia de los padres como mediadores:

Papá o mamá volcados, todo voz, todo rostro y palabra, a la orilla de la cama. De cierta forma, sujetos, en el fluir del lenguaje. Sus ocupaciones adultas y sus prisas cotidianas, de las que nada entiende el niño pero que tan honda inquietud le causan, de repente se postergan. (...) ¿Qué otra cosa es la lectura sino la revelación de que existe ese “tiempo otro” y de que existe también “en un país muy lejano”? (pp. 39-40)

Investigadores del talante de Geneviève Patte y Evelio Cabrejo han confirmado el enorme valor que tiene para los niños ese espacio mágico de la lectura nocturna, ese pequeño paraíso que ya en la adultez se recuerda con emoción como un momento en que nuestra vulnerabilidad se suspendía, pues alguien nos amaba, nos cuidaba y nos acogía en el abrazo de la palabra literaria, mientras pasábamos al otro mundo, el del sueño.

Las prácticas de la lectura escolar, en la educación primaria y secundaria, en que idealmente el maestro es mediador, tal como se dan en la actualidad, no le gustan a Yolanda Reyes y le merecen diversas ironías: “Cuando salgan del colegio y olviden fechas y nombres...”. Aquí se muestra menos sólida en la argumentación y asume una posición que, de forma provisional —a falta de concepto preciso—, denominaremos “romántica”. El maestro de literatura, en sus palabras, es “un cuerpo que canta, una voz que cuenta, una mano que inventa palacios y arquitecturas imposibles, que abre puertas prohibidas y que traza caminos entre el alma de los libros y el alma de los lectores” (p. 33).

En verdad, la escuela se mueve con otras representaciones de la lectura literaria, que tampoco se reducen a la que el prologuista del libro, Darío Jaramillo Agudelo, caricaturiza como “esquematismos desdentados” (p. 7). La tarea principal de los mediadores de lectura en el sistema escolar no es *obligar a leer*, sino formar lectores autónomos y críticos, aquellos que son capaces de entender por sí mismos los textos y desarrollar actitudes asertivas hacia los libros (ya sean impresos o digitales) y el mundo de la cultura escrita. En tal tarea los maestros se tropiezan con la legislación del Ministerio de Educación, los currículos de los colegios y, desde luego, con la valoración que hacen los niños y los muchachos sobre la literatura, que es contradictoria y depende mucho de la experiencia lectora que hayan tenido en sus casas y en el preescolar. Reyes se mesura un poco al final del artículo “Casas de palabras” y concede:

Cabe, entonces, y sé que muchos maestros lo creen y lo hacen posible todos los días, promover una pedagogía del amor a la literatura que dé cabida a la imaginación y a la sensibilidad y que estimule a los niños a ser re-creadores de los textos. (p. 31)

Un aspecto que llama sumamente la atención de *La poética de la infancia* radica en su fuerte defensa de la literatura como puente de comprensión entre el mundo y el yo. El gran libro de la literatura es un texto valioso por la suma de experiencias humanas que reúne. Necesitamos la literatura “porque la experiencia de los demás nos ayuda a entender cómo lo hicieron otros para poder intentarlo nosotros” (p. 33). Esta toma de partido no debe asumirse como algo obvio en una gran escritora y mediadora de lectura como es Yolanda Reyes. En la época de la posverdad, de las falsas noticias, de la demagogia humillante y el ruido esquizofrénico, la literatura constituye un discurso valiente de recogimiento y mirada compleja al mundo. En ella —al igual que en las artes— los niños y jóvenes pueden hallar un horizonte de comprensión y verdad. En la cultura se pueden construir referentes de identidad basados en la diversidad y el respeto por el otro.

Desde la perspectiva de Yolanda Reyes, la responsabilidad que tienen los mediadores de lectura, y el valor de la literatura como discurso para enfrentar una realidad compleja, tienen su correlato en una posición política. Esa posición se basa en una consigna: “Todo relato, toda memoria, lo sabemos, es una búsqueda de sentido, una interpretación”. La palabra “memoria” no es gratuita en la frase. Es probablemente a través de ella como la Colombia herida por la guerra logre ser resiliente. Es a través del lenguaje, de la palabra hablada, cantada, como quizás se pueda hacer catarsis y volver a unir lo que quedó roto.

Yolanda Reyes es una optimista convencida de los dones de la palabra literaria: eso es lo que hace tan bello este libro lleno de suscitaciones.

**Carlos Sánchez Lozano**